

El (otro) Aleph

Por: María José Cardinale

Trabajo final del seminario "Periodismo y literatura" de la carrera de Comunicación Social, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de Rosario, 2006.

Sumario:

Este relato es una ficción que nace a partir de la idea de "Aleph porteño" que planteó Sylvia Saitta refiriéndose a las Aguafuertes Porteñas de Roberto Arlt. A lo largo de todo el cuento se plantea un juego constante donde se intenta contraponer y a la vez reivindicar a dos hombres-personajes que fueron dueños de una visión exquisita. Se hace uso de la intertextualidad para traer y reelaborar personajes, lugares, situaciones e imágenes de los mismos escritores de los cuales habla el relato. Se entrecruzan dos grandes autores argentinos que fueron contemporáneos y a la vez muy disímiles entre sí. Arlt "se mete" en El Aleph de Borges, Borges quiere "mirar" como en una Aguafuerte de Arlt...

Descriptores:

Arlt - Borges - Aguafuertes Porteñas - Aleph - Intertextualidad - Mirar

Summary:

This story is a fiction born from the idea of an "Aleph of Buenos Aires" that Sylvia Saitta wrote about the Etchings from Buenos Aires of Roberto Arlt. Throughout the tale there is a constant game where it tries simultaneously to oppose and to vindicate two men-characters who were owners of an exquisite vision. The intertextuality is used to bring forward and to remake characters, places, situations and images of the writers of whom the story speaks. Two great Argentine authors are confronted, they who were contemporary and simultaneously very dissimilar to each other. Arlt "gets into" the Aleph of Borges, Borges wants "to watch" like in a Etching of Arlt...

Describers:

Arlt - Borges - The Etchings from Buenos Aires - Aleph - Intertextualidad - To watch

Esta puede ser la historia del hombre que encontró "todo el universo encerrado en las calles de su ciudad". O también... puede ser la historia de un gran revelador... o la de un viajero que nunca salía de su ciudad, para salirse constantemente de ella, no sé.

Yo prefiero pensar simplemente, que existió un vagabundo, sin ninguna Beatriz Viterbo, "bien vestido, soñador y escéptico" de apellido difícil, que supo construirse su propio Aleph...

Cuenta la historia, si es que puede existir sólo una... Que Carlos Argentino Daneri sabía que ese objeto no le pertenecía.

Cuenta esta falsa historia que existió hace tal vez 57 años, un hombre, otro hombre, que fue seducido por un seudo coñac, una extraña leyenda, un misterioso sótano y por Carlos Argentino Daneri. Este hombre se adjudicó un triunfo. Esto se sitúa en la calle Garay, de la ciudad de Buenos Aires.

Dicen que la leyenda existe desde hace muchísimo tiempo¹. Dicen... que sólo pueden acercarse y comprenderla verdaderamente sólo aquellos a los cuales verdaderamente está dirigida. Dicen que esta leyenda contiene un Don y este Don puede presentarse de mil formas posibles.

También aluden que la leyenda fue encontrada por un alma celosa y despiadada que la secuestró durante más de 500 años, escondiéndola de sus destinatarios, dichosos y fatales todos ellos. Destinatarios que sólo vislumbran que dicha leyenda les pertenece cuando acaban por enfrentarse a ella y ya no pueden escaparle.

Declaró alguien alguna vez que esta leyenda fue recuperada y se la apoderó un hombre, dicen que canoso, considerable y de rasgos finos, dicen que autoritario e ineficaz, que dicen, se llamaba Carlos Argentino Daneri, y que aunque no lo dicen, era un hombre oscuro, obsesionado, envidioso y especulador. Dicen, que la tuvo escondida en un sótano olvidado de un comedor, en una antigua y lujosa residencia de la calle Garay de la ciudad de Buenos Aires,

porque él había sido capaz, a pesar de sus torpezas, de sospechar siquiera (inútilmente) que estaba frente a un Don mágico e inmortal, tal vez frente a un hecho irreplicable en la historia.

Pero explican los más entendidos que Daneri no estaba tan acertado, y que aquel Don no era más que un ejemplar de tantos existentes. Y quien lo encontrará después, por invitación misma de Daneri, creará ser único beneficiario de su generosidad. Pero se sabrá mucho más tarde, ahora, por ejemplo, que anteriormente a este señor existió al menos otro hombre que poseía el Don... Y lo dominó durante 14 años.

Hay quienes hablan de leyenda porque dudan de su posible certeza histórica, de que sea un hecho irrefutable, un acontecimiento verdadero en el seno de nuestra historia. Pero dicen, que esta leyenda no es leyenda... Y que todavía sobrevive para cualquiera que la sepa descubrir.

Lo que todavía nadie fue capaz de definir con exactitud es la materia, forma y color en que se presenta este Don... Porque me explicaron que en realidad, participa de innumerables materias, formas y colores. Algunos comentan que tiene la forma de una esfera pequeña, de no más de tres centímetros de diámetro, que es tornasolada, algunos que es opaca, que se desintegra en las manos de uno, que aparece y vuelve a desaparecer cual juego extraño de magia... Otros le conceden la forma de un sencillo pergamino plegado, que al llegar a las manos de un posible destinatario comienza a desenrollarse a una velocidad inexistente. Aunque también insisten en que es un objeto que cambia de forma y color según quien sea su receptor. Pero también están los que aseguran que esta leyenda/don no posee forma perceptible por la sencilla razón de que es invisible, y sólo se devela a los ojos de quien es capaz de verla/o. También existen los que refutan todas las teorías posibles². Pero refutadores de leyendas han existido siempre.

Cierto es que este objeto extraño, y aunque impreciso, tiene poco de mito e improbabilidad y más de misterio y realidad.

Reza la leyenda:

"Son muy pocos los hombres que en este mundo han sido agraciados con un muy particular don³. Un don extraño, pero sublime: Poder ver aquello que los demás no son capaces de ver. Personas que poseen un dominio exquisito de su mirada, una mirada extractiva que les permite activar y conectar los demás sentidos de una manera prodigiosa. Y no es una mirada científica, premeditada, estudiada. Estos hombres miran con el cuerpo y este cuerpo, todo mirada, es demasiado sensible al mundo. Estos dichosos y atormentados hombres poseen miradas rescatadoras, extractivas; miradas que nunca jamás se ejercerán con inocencia; ojos que atraviesan las cosas, las penetran, que desentrañan mentiras y recrean verdades. Hombres de una habilidad extraordinaria, que descubren nuevos universos... que en realidad no son nuevos, sino que no son mirados por el resto de los hombres. Pobres hombres. Aquí está el don, aquí está el látigo. Hombres de una sensibilidad que puede terminar por resultar insoportable. Una percepción completa y última de las cosas. Un acercamiento y una perturbación real que modifica y afecta constantemente al hombre que mira.

Hombre, ya no serás el mismo; ya no serás tú hombre, el mismo, después de haber mirado, de haber podido mirar aquello... aquello que sólo usted puede".

Dicen que sólo pueden saber de qué trata esta leyenda aquellos hombres que la han experimentado. Y que estos hombres son muy pocos en realidad...

Existió un caso muy comentado, en el siglo pasado, justamente en nuestro país, de un hombre muy reconocido al que le fue develado este Don/Látigo de una manera inesperada y fugaz. No logran determinar todavía su verdadero nombre; muchos aducen que lo llamaban José, otros Luis, pero una persona estudiosa de este tipo de hechos me manifestó que a este misterioso hombre lo llamaban Georgie. El caso trascendió rápidamente en la ciudad, en el país... Y de repente el mundo ya era partícipe de un suceso extraordinario:

Un hombre había visto, de una vez, en un solo punto, para siempre, todo el universo...

Cuenta la historia, si es que puede existir sólo una... Que este hombre era Georgie, el hombre que hace 57 años fue seducido por un seudo coñac, una extraña leyenda, un misterioso sótano y un Carlos Argentino Daneri. Georgie se adjudicó el triunfo. Y esto sucedió en una calle Garay, de la ciudad de Buenos Aires.

Dice la leyenda:

"El Don de la mirada exquisita puede revelarse en distintos lapsos de tiempo. Existen hombres que se lo pueden apropiarse por segundos... Existen otros... Que lo padecen toda la vida..."

Georgie llegó atraído a la residencia de la calle Garay por la historia que le hubiera contado el primo de su Beatriz, Carlos Argentino Daneri⁴.

Cuenta esta falsa historia que Georgie había llegado temprano a la casa en busca de ese objeto extraño donde estaban, "sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos". Daneri le había confesado el día anterior que poseía ese objeto hacía mucho tiempo, pero que él mismo no era capaz de entenderlo, aunque sabía y hasta presentía en el objeto un poder extraño, por lo que había decidido esconderlo de cualquier espíritu curioso.

No sé si el inevitable destino, o la puntual casualidad llevaron a Carlos Argentino revelar semejante secreto a semejante hombre.

Cuando José, Luis... O Georgie accedió bajar la escalera del oscuro sótano, ya comenzaba a producirse lo que fue una gran revelación. Entonces él no sabía que iba a ser agraciado por el desconocido Don. "Te acuestas en el piso de baldosas y fijas los ojos en el decimonono escalón de la pertinente escalera", le ordenó Daneri con entusiasmo pero con cierta envidia. "Me voy, bajo la trampa y te quedas solo", alegó con inocencia este hombre que no podía ahora siquiera sospechar que su invitado iba a estar más acompañ-

do que nunca en ese aparente insignificante sótano.

Georgie confesaría más tarde, no a Carlos Argentino que lo consideraba un hombre mediocre e incapaz, que aquel día fue digno de un espectáculo majestuosos: "Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo...". Entonces Georgie develó el misterio, mintió a Carlos Argentino y se adjudicó el triunfo de haber podido ver aquello que los demás son incapaces de ver.

Dicen que en este caso, la leyenda adquirió la forma de una esfera pequeña y tornasolada, dicen "de casi intolerable fulgor". Dicen que a Daneri le era imposible ver en ella algo más que una esfera pequeña y tornasolada, y que no hubiera podido soportar que el maravilloso Don no le haya sido concedido a él que guardaba y cuidaba aquel objeto desde hacía tantos años.

Sólo algunos años después, Carlos Argentino Daneri se enterará de aquel episodio por boca del mismo Georgie, una noche de marzo, después de cenar en la casa de la calle Garay, cuando el coñac había conseguido ciertos efectos en ambos hombres...

Daneri simuló indiferencia hacia el relato de su compañero y confesó haber experimentado lo mismo que él durante los años que tuvo escondida la pequeña esfera tornasolada en su sótano, y que el día de la invitación había pensado que su buen amigo no había merecido recibir semejante revelación.

Georgie escuchó atento la descripción de Carlos Argentino y bastó fijar unos segundos sus ojos en los de él para descubrir la mentira. Georgie sabía que quien hubiera tenido la oportunidad de experimentar "ese instante gigantesco", ese Don de poder ver en cada cosa, infinitas cosas, nunca más perdería el asombro en la mirada cuando recuerde el fabuloso episodio.

Entonces Daneri en vano, como si estuviera explorando nuevamente, recitó un pobre escenario de

cosas que en realidad le hubiera encantado vislumbrar: "Vi los caminos que conducen a ningún lugar, vi los engaños de mi madre, vi la mañana y la hamaca en el patio, vi pinceladas azules, vi piedras. Vi las cartas que escribí, eran pocas. Vi viajes a Europa, vi la muerte de Beatriz, vi las siete horas que marca un reloj, vi mis ojos negros, tus ojos negros, vi un poema sin terminar..."⁵.

Nada más que una vulgar exposición de Daneri necesitó Georgie para comprender que ese pobre hombre jamás sería digno del intolerable fulgor de la pequeña esfera.

Pero Carlos Argentino no toleraría tal arrebato, tal traición del destino. Él había conservado durante años ese objeto en su sótano y no haber recibido la revelación lo consideraba una burla.

Entonces Carlos Argentino desató lo que sería su venganza.

Comentó a su compañero que él conocía de una historia que lo sorprendería, y que dicha historia opacaría lo que para Georgie había sido un momento único, una verdadera conquista, un triunfo y un honor... Le habló pausado, acentuando cada frase con suspenso, modulando cada palabra como si este tuviera que leerle los labios. Entonces le confesó que había existido ya hace algunos años, un hombre que había sido capaz de encontrar todo el universo encerrado en las calles de su ciudad...

"Tu instante gigantesco, Georgie, aunque no lo puedas olvidar, no fue más que un instante. El hombre del que te hablo, en cambio, que según me contaron era un inventor frustrado y un vagabundo, poseía el mismo Don que vos experimentaste, pero lo sobrellevó durante 14 años", relató Daneri con gozo, con bronca.

Los celos de Georgie comenzaron a notarse y ya no supo si reconocía, o no, la mentira en los ojos y en la voz de Daneri:

"Este hombre, que llamaban Godo, fue uno de los pocos, que como usted, fue agraciado con el Don/Látigo que reza la famosa leyenda. Este hombre pudo ver lo que nadie pudo. Este hombre poseía una mirada

única, envidiable, que extraía la esencia de las cosas. Este hombre hacía realmente cuerpo con las cosas que miraba y nunca más podía renunciar a ellas. Este hombre miró durante más de 10 años.

Con "excepcionales condiciones de soñador" y despojados por completo de cualquier prejuicio, Godo se lanzaba a las calles de la ciudad, nuestra ciudad, entregando todas sus percepciones al azar, al encuentro con el otro. Pero nadie le conoció amigos, y es que de tenerlos, hubiera mirado dentro de ellos, e imagino, nadie toleraría semejante intromisión.

Por aquellos años, la ciudad de Buenos Aires quedó registrada, grabada como sello de una aguafuerte, como el ácido sobre el metal. Godo sabía qué mirar, cómo mirarlo, y cuándo dejar de hacerlo. Rescataba aquello que nadie percibía en los suburbios de algún lugar.

Alguna vez despotricó contra los libros, Georgie, ¿podés creerlo?, y contra la estupidez humana también. Sabía que su Don era también un látigo y solía enfrentarse a semblantes como si se enfrentara a mapas del infierno humano. Pero él era un vagabundo, un visionario real.

De alguna silla que encontraba en la vereda era capaz de rescatar teorías increíbles. Una silla podía ser causa y comienzo de innumerables situaciones para él. Godo llegó a comentar que la gramática se parece mucho al boxeo. ¿No es increíble?."

Georgie ya había abandonado su coñac. Y escuchar el relato de Carlos Argentino le producía inquietud y lo alejaba un poco del sueño. Más tarde querrá hacerle algunas preguntas a Daneri, pero preferirá retirarse de la casa de la calle Garay con un cortés saludo y con el recuerdo de aquel día que bajó al sótano y fue el único hombre capaz de ver lo que nadie podía.

Por su parte, el dueño de la casa prefería seguir relatando acerca de las capacidades ajenas para saber mirar:

"La ciudad desaparecía para Godo. Todo se convertía en un escenario colosal. Él buscaba, se fascinaba al

mirar, y era una mirada extirpadora, atenta, atorranta. Era un verdadero etnógrafo de lo urbano, un incansable que se regocijaba ante la multitud... Porque él sabía que "sobre cada uno, se puede construir un mundo".

Alguna vez escuché que este hombre hubiera preferido vender verduras, hubiera preferido habitar y no mirar a su ciudad, sentarse en algún banco de la plaza como un desocupado más, o refugiarse como un vago y filósofo barato en algún café, en la esquinita de Canning y Rivera, por ejemplo, tal vez, no sé.

Godo sabía que escapar a ese Don era en vano. Donde fuera, su mirada sería distinta a la del resto. Él observaba lo que nunca era noticia. Él sabía que Florida es la calle menos portefa que tenemos. Él sabía por qué Buenos Aires es la ciudad más triste del mundo en día domingo. Él sabía por qué los desdichados evitaban ciertas calles. Y él sabía que cada hombre, en la noche, lleva un problema.

Él miraba Georgie, como nadie nunca más miró.

Esta puede ser la historia del hombre que encontró "todo el universo encerrado en las calles de su ciudad". O también... puede ser la historia de un gran revelador... o la de un viajero que nunca salía de su ciudad, para salirse constantemente de ella., no sé.

Yo prefiero pensar simplemente, que existió un vagabundo, sin ninguna Beatriz Viterbo, "bien vestido, soñador y escéptico", de apellido difícil, que supo construirse su propio Aleph..."

"¿Aleph?", interrogó Georgie con cara de no entender.

"Sí, un Aleph. Un Aleph es uno de los puntos del espacio que contiene todos los puntos. Lo leí una vez en un cuento de un tal Borges."

Nunca más supo Georgie de la veracidad de aquella historia. Carlos Argentino Daneri se había convertido para él desde entonces en un personaje de fábulas, y cierto día prefirió concluir en que ese pobre hombre estaba realmente loco.

Sólo una vez, habrían pasado cerca de tres años,

después de saborear un trago de coñac, (nunca más había bebido desde la noche en que Carlos Argentino le había revelado la historia del misterioso Godo) recordó un hecho que creía haber olvidado:

Un tal Jorge, en 1928, le había confesado sentirse en muerte, una noche que había salido a caminar y recordar, después de comer: "*No quise determinarle rumbo a esa caminata; procuré una máxima latitud de probabilidades para no cansar la expectativa con la obligatoria antevisión de una sola de ellas. Realicé en la mala medida de lo posible, eso que llaman caminar al azar; acepté, sin otro consciente prejuicio que el de soslayar las avenidas o calles anchas, las más oscuras invitaciones de la casualidad. Me sentí muerto, me sentí percibidor abstracto del mundo*".

Georgie también recordó entonces, tal vez con ayuda del coñac, que ese hombre que se había dado a conocer como Jorge, le confesó que aquella noche de la caminata descubrió en una esquina de la ciudad a un hombre vestido de vagabundo que nunca más olvidará:

"Su mirada no era una simple mirada. Su mirada poseía ese don extraño y sublime que a veces creo poseer yo también. Ese hombre podía ver aquello que los demás no son capaces de ver. Yo lo vi en sus ojos. Yo me reconocí en él. Yo sé que él también vio su Aleph."

Inevitablemente, y nunca más supo por qué, Georgie recordó al instante al misterioso hombre⁶ del relato que compartiera con él Carlos Argentino Daneri una noche de marzo hacía tiempo.

Notas:

1. No habrá lugar aquí para discutir la conflictiva tesis acerca de la noción de tiempo que postula Jorge Luis Borges en su Nueva refutación del tiempo.
2. Una vez, Alejandro Dolina me comentó que existían los Refutadores de Leyendas. Hombres que constituyen clubes y asociaciones secretas encargados de negar cualquier elemento imaginario o fantástico que

pueda dar cierto toque romántico a cualquier hecho o acontecimiento de una historia. Los Refutadores de Leyendas son los que niegan que Alejandro Dolina haya nacido un 25 de Mayo, por ejemplo.

3. Nadie mejor que Truman Capote pudo describir, tal vez sabiendo, tal vez no, qué representaba la leyenda de la cual hablamos para sus verdaderos destinatarios. El escritor estadounidense relata, en 1980, en su prólogo a *Música para camaleones*: "Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse. Pero, por supuesto, yo no lo sabía".

4. Un falso poeta.

5. También contó Georgie que Daneri aseguró ver el mismo laberinto roto que había visto él (y que también era Londres).

6. Se supo después que ese mismo hombre era conocido en los suburbios de la ciudad como un tal Roberto Godofredo Christophersen Arlt.

Registro Bibliográfico

CARDINALE, María José

"El (otro) Aleph" en La Trama de la Comunicación, Volumen 12, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora, 2007